4208

Manuel Rey Martínez

LA ERMITA DEL LUGAR

JUGUETE CÓMICO

EN UN ACTO Y EN VERSO

ORIGINAL

MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
Salón del Prado, 14, hotel.
1903

13

LA ERMITA DEL LUGAR

LA ERMITA DEL LUGAR

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España ni en los paises con los cuales se hayan celebrado ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traducción.

Los comisionados y representantes de la *Sociedad de Autores Españoles* son los encargados exclusivamente de conceder ó negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

LA ERMITA DEL LUGAR

JUGUETE CÓMICO

EN UN ACTO Y EN VERSO

ORIGINAL DE

D. Manuel Rey Martínez

.....

Representado por primera vez en MADRID, la noche del 18 de Mayo de 1903.

MADRID
IMPRENTA DE MANUEL REY MARTÍNEZ
Calle de Atocha, 68

—

1903

Dedicatoria

¿A quien mejor que á los afortunados intérpretes de este pequeño juguete? Reciban mi profunda gratitud pues solo á ellos debo el éxito de mi obra.

Manuel Rey

18 Mayo 1903.

REPARTO

PERSONAJES		ACTORES
FLORA.....	SRTA.	ELOISA RODRÍGUEZ
ANDREA.....		CONSUELO VALLE
ENRIQUE.....	DON	JUAN GOMEZ
ARTURO.....		ANGEL PALACIOS
SANTIAGO.....		FRANCISCO G. CORTÉS
VICENTE (alcalde)....		JULIAN AMOROS
DON RAFAEL.....		PASCUAL RODRIGO

ACTO ÚNICO

Jardin, tapia corrida á todo foro; puerta de entrada al foro; á la izquierda, en primer termino, una gradilla con baranda que da entrada á un pabellon; macetas, bancos, sillas de rejilla, bustos sobre pedestales. Mesa en el centro grande, dispuesta para comer, servicio para comer cinco personas.

ESCENA PRIMERA

Don Rafael, el Sr. Vicente y Arturito

Don Rafael y el Sr. Vicente forman un grupo á la izquierda. Arturito á la derecha se entretiene en dibujar con el baston sobre el suelo

Rafael. Señor alcalde, ya sabe
que de veras le agradezco
la consideración.

Vicente. ¡Basta!
Lo hice yo y está bien hecho.
Yo reflexioné y me dije:
no me parece muy cuerdo
que encaje á don Rafael
quince soldados. Por eso
le destiné á ese teniente,
que parece un buen sujeto,
y á su asistente, que es
muy buen chico. Y con esos
tendrá mas tranquilidad
que con los quintos.

Rafael. La tengo.

Vicente. Y además que yo temía
por Florita. Donde menos
se piensa, salta la liebre
y pudiera ser que viéramos
que alguno se propasaba
faltándole á usté al respeto,

674451

Rafael. Muchas gracias.
Vicente (Levantándose). Ni mentarlo.
Me voy al Ayuntamiento.
Rafael. ¿Se va usted?
Vicente. Pero ahora mismo.
Rafael. ¡Es posible! No consiento
que se retire.
Vicente. Me esperan.
Rafael. Pero antes comeremos.
La niña fué á la novena
que hay en la ermita del pueblo
y ya no debe tardar.
Vicente. Que no, y que no
Rafael. Esperemos
un momento solamente
por el teniente.
Vicente. Agradezco;
no me es posible.
Rafael. Si, aguarde.
Vicente. En tal caso vuelvo luego.
(Al disponerse á salir se sorprende al ver á Arturo que no se había fijado antes.)
Rafael. El chico del organista.
Vicente. Le conozco. es un memo.
Rafael. Le acompañaré.
Vicente. Conmigo
déjese de cumplimientos.
Además, que tengo un paso
que avanzo más que un camello.
Rafael. No importa.
Vicente. En ese caso,
en marcha.
Rafael. Al momento.
Arturito, quédate.
Vicente. ¡Que soldaditos!
Ya tengo en los tres días
que están, revolvido medio pueblo vanse

ESCENA II

Arturo.

(Arturito se levanta, se dirige hasta la puerta, da una patada en el suelo y vuelve al sitio que ocupaba; se queda un momento pensativo, saca el pañuelo, se limpia los ojos.—Pausa.—Se levanta, se dirige hacia la mesa, se echa vino y bebe.

Arturo. ¡Tengo una rabia! Que vamos
Si me llevara del genio,

á ese teniente le daba
un disgusto. A un sujeto
de mi tipo, de mi gracia,
de mi labia y de mi cuerpo.
¡Decir que á mi no me quiere!
Me ahoga la rabia y los celos.
¡Si yo pudiera vengarme
¿Y cómo? ¿Cómo me vengo?
Tendré valor; el valor
hace falta lo primero.
Luego me serenaré;
hace falta estar sereno.
Mas tarde le desafio,
es preciso huir del miedo;
luego á matarnos. ¡Caramba,
á eso si que no me atrevo!
Pero por Flora lo hago.
Me bato. ¡Bonito genio
tengo yo! ¡Si yo le venciera!
Sí, justamente, así bien puedo,
sin exponerme á morir,
derrotar á ese sujeto.
Armas de primera prueba,
una docena de versos.
La escribo unas poesías,
á ver si ablando su pecho:
¿A qué dudar? Ahora mismo
las poesías empiezo. (Se dispone á escribir.)

ESCENA III

Arturo, Andrea y Santiago

Santiago. ¿A que correr, creatura?
¿Acaso te infundo espanto?
Hija, si te quiero tanto
cuando veo tu fegura.
Esa cara superior
y esos ojos tan guasones,
son, chiquilla, dos tizones
que me están dando calor.
Y si me llego á quemar
á fuerza de tus miradas,
sin reparar tus monadas,
chiquilla, voy á estallar.

Arturo. (¡Demonio! El asistente.)

Santiago. (Este mico por aquí.)
Andrea. Por usted, el amo á mí
me va á poner al corriente
de la calle.
Santiago. ¡So bonita!
Andrea. Con la señorita fui
á la novena, y volví
con usté y sin señorita.
Tiene usté en la boca rosas,
y las echa de tal modo
que una se olvida de todo.
¡Tienen ustés unas cosas!
Toos los militares son
cortaos por una tijera.
Santiago. ¡Jujujui! ¡Que retrechera!
Debe ser tu corazón
lo mismo que una avellana.
Tan chiquitin, y gracioso
que debe ser venturoso
quien te lo pille serrana.
Si nos casamos los dos
viviremos en un nido.
Andrea, yo siempre he sido
muy convecino de Dios
y me gustan las alturas.
Andrea. Pero se quiere callar
Santiago. Pus si mi quitas de hablar
me muero. Tu te figuras
que lo que digo es bicoca.
Echame un vaso de vino
porque el porvo del camino
me ha enlodazado la boca.
Andrea. Bebe (después de echarle.)
Santiago. ¿Como he de pagar
todos estos sacrificios?
Volveré tus beneficios
Si nos logramos casar.
Y me caso, esta es la fija.
¡Vaya una mano preciosa!
Bien podías darme hermosa
pa recuerdo esta sortija.
Asi no me olvidaré
de la palabra que dí,
y en cuanto cumpla, á por tí
á este pueblo volveré.
Andrea. ¡Es el caso!..

Santiago. Quita ingrata.
No la quiero.
Andrea. Es de doublé.
Santiago. No la cojo. (Yo pensé
que era la joya de plata.)
Andrea. ¡Tómala!
Santiago. ¡Ay embeleso!
¡Yo tomarla, que si quieres!
Yo no tomo de mujeres
mas que un abrazo y un beso.
Y eso quiero que me des
porque es cariño verdad.
Nunca mi formalidad
vió amor en el interés.
Mi antojo, es antojo llano,
princesa (del estropajo)
Tu mano... (me huele á ajo)
deja gue bese tu mano.
(Esto, si bien se repara,
es solo para empezar.
Lo que yo quiero besar
no es la mano, que es la cara.)
Trae la mano. Son dos soles
esos ojos de azabache.
Eres la morena hache
sin tontera. (La besa,)
Arturo. (Caracoles.
aquí no puedo escribir
Hago un papel...)
Santiago. Sé divina
En esa mano tan fina
yo besara hasta morir.
Deja que tu talle estrecho
con mi brazo tunantón.
Otro beso. (La besa.)
Andrea. ¡Picarón!
Arturo. Amiguito, que aproveche. (Vase.)

ESCENA IV

Andrea y Santiago

Santiago. Se ha asustado.
Andrea. Yo lo siento
Se lo dirá á mi señor.
Santiago. ¿Y que te importa tu amo
mientras que respire yo?

En cuanto tome la lisensia
y abandone el batallón
vengo enseguida á buscarte,
vamos á Madriz los dos:
y tiras toda esa ropa,
pus en la Puerta del Sol
te he de comprar un equipo
confecsionado en Lyon;
cuatro maitinés con lazos,
unas botas de charol
muy altas, y con botones,
que tengan mucho tacón:
un vestio de merino
con tablas y polisón,
y con ballenas, que ajuste
ese cuerpo superior.
Un corsele, ¡que corsele!
No llamará la atención
porque no lo verá nadie,
es decir, lo veré yo;
entre ballena y ballena
colocaré con primor
un puñado de suspiros
mezclados con sal y rom.
Aluego una redecilla
que tenga el mismo color
de tu pelo. Y una peina
de marfil; y además, dos
paquetitos de horquillas
invirsibles; y un reló,
con una esfera mas grande
que el de la Puerta del Sol;
una sombrilla de raso,
un buen abanico, ú dos
porque yo, cuando me pongo
pa esas cosas soy atroz.
Un *boa* para tu cuello
con plumas de ruinseñor
y un impermeable, de esos
que atrás tienen capuchón.
Vas á ver en cuanto cumpla.
quien es Santiago.

Andrea. Si yo
le creyese... vamos, puede.
¡Pus valiente rilación!

Santiago. ¿Quies que lo jure? Lo juro.

pero en tu mano.

Andrea. Eso no

Santiago. Coloca tu mano así.
¡Que deditos de pistón!
Ahora digo: yo lo juro,
Beso la cruz y *tableau.* (La besa)

ESCENA V

Dichos, Flora y Enrique

Enrique. ¡Animal!

Santiago. (cuadrándose) ¿Cay, mi tiniente?

Enrique. ¡Rompan filas!

Santiago Mal humor.

Enrique. A la cocina.

Santiago. Volando
(Tie mala fá el gachó).

Flora. Tú, prepara la comida.

Andrea. Voy señorita... ¡Perdón!
Me decía...

Flora. Vete ya.

Andrea. (¡Qué desgraciada que soy!
Parece que las criadas
no sienten también amor.) (Vase

ESCENA VI

Enrique y Flora

Enrique. (Después de ofrecerle silla, sentándose)
A la ermita la seguí,
y en aquel recinto entré
con ansiedad la busqué,
y entre el gentío la ví.
Destacaba su semblante
de todas aquellas caras.
Las de todas me eran raras,
la de usted, que interesante.
Me acerqué, la pude hablar
y merced á esta ocasión,
la ofrecí mi corazón
en la ermita del lugar.

Flora. Enfrente de los altares
es rasgo muy atrevido

Enrique. ¡Señorita, siempre han sido
osados los militares!

Todo es llegar y querer.
y ahora quiero. Solo ansío
que su corazón al mío
queden unidos. A ver
si de esa forma sencilla
y mostrándome tan franco
de su corazón arranco
esa horrible mascarilla.

Flora. Los militares lograron
alcanzar mis simpatías;
mas tengo ciertas manías
de que son... y no alcanzaron
hasta el punto de mi amor

Enrique. ¿Qué somos?

Flora. Pues es el caso...
Como son aves de paso
no hay firmeza.

Enrique. Es un error.

Flora. Francamente, pensaría
seriamente en el asunto.
Si no tocara aquí un punto,
punto que me contraría.
El uniforme me agrada,
me embelesa, si señor.
No me gusta el interior
de los que le llevan, nada;
libertinos calaveras,
jugadores, pendencieros,
en fin, unos caballeros
con la fama de troneras.

Enrique. Que de la boca de un sol...

Flora. Y en decir más me limito

Enrique. Pues le pone usted bonito
al ejército español.

Flora. ¡Ay, don Enrique! Yo auguro
Que se habla facilmente.

Enrique. Cuento con un contendiente.

Flora, ¿Contendiente?

Enrique. Sí, Arturito.
A ese le dió usted su amor.
Yo que tanto lo he ansiado.

Flora. Está usted equivocado
nadie de él es poseedor.
Si yo le correspondiera
á la pasión que me pinta,
y mostrándome distinta

a usted mi amor le cediera,
y hay, obligatoriamente,
de aquí le hicieran salir,
¡qué resolución! Morir
por los celos cruelmente.
Al hombre que el corazón,
yo le entregue, ha de ser
porque él me ha de volver
su pasión por mi pasión.
Tenerle siempre presente
y verle todos los dias
son mis amantes manías
Dirán que soy exigente;
pero tengo yo entendido
que las distancias deshacen
las palabras que se hacen
y producen el olvido.
No sería cosa extraña
que por razón de derecho
dejar la gloria del pecho
por defender la de España.
Y como mi amor profundo
ha de ser amor sagrado
no le creo yo pagado
con las victorias del mundo.
Y hay que mirar que una hermosa
tanto no está mereciendo,
y menos yo. Mas comprendo
que soy bastante ambiciosa.

ESCENA VII

Dichos y Arturito

Arturo. (¡Ellos! Sí; yo me descaro.
Ahora le suelto una fresca.)
¡Caballerito! (Dándole un golpe en el hombro.)
Enrique. ¿Qué pasa?
Arturo. Y su familia ¿está buena?
Enrique. Buena, gracias. (Con sequedad.)
Arturito. Lo celebro
(Esta sangre no me deja)
Flora. ¿Y que cuenta usted, Arturito
Arturito. Que hace una tarde muy buena
¿Y usted?
Flora. Yo cuento lo mismo.
Enrique. (Si espantara á este babieca,

Arturo. (Si se fuera.) Pues... sí... sí...
Vaya, vaya
Flora. Ahí se quedan
Con el permiso de ustedes
voy á disponer...
Arturo. ¿La cena?
Flora. No, la comida.
Arturo (¡Qué plancha!)
Flora. ¡Con su permiso. (Vase.)
Enrique. Es muy dueña.

ESCENA VIII

Enrique y Arturo

Arturo. ¿Y me quedo con los versos?
Que le hemos de hacer paciencia.
(Pausa. Durante la cual se miran y sorprenden las miradas.
¿Madrid estará tan bueno?
Enrique. Como siempre; no se queja.
Arturo. (Ya me soltó una andanada)
¡Como agote mi paciencia!
(Se vuelven á mirar.)
¿Usted comerá hoy aquí?
Enrique. Y mañana, y cuando quiera.
Arturo. Se conoce que no tiene
éste pelos en la lengua
Pues como yo me incomode
va á terminar mal la escena.
(Enrique saca un periódico, vuelve la espalda a Arturo y se pone á leer.)
(Pero estos militarotes
no conocen la vergüenza
¿Sí? Pues yo no me achico;
á leer ¡A quien más pueda!
(Se pone a leer)
Y no mira. ¡Vaya un paso!
Vamos; esto me subleva.)
¡Caballero! (levantándose.)
Enrique. ¿Qué le ocurre?
Arturo. ¿Vamos á dar una vuelta?
Enrique. Me encuentro bien. Si usted quiere
hay aquí noria muy cerca.
Arturo. ?Y me aguanto? Ya no más
(Ahora estallo, ¡Si me aterra!
Cuando me echa esos ojazos

que parecen de pantera
me infunde espanto.
Me siento).

Enrique. (Otra vez se sienta).

ESCENA IX

Dichos, Don Rafael y el Sr. Vicente, luego Santiago, Flora y Andrea.

Vicente. No me gusta que por mi...
Rafael. ¡A la orden, mi teniente!
Enrique. ¡Don Rafael! ¡Digno alcalde!
Vicente. Ya que estamos tóos revueltos,
podemos escomenzar
la comida. ¡Tú, mastuerzo!
Arturo. (Esto solo me faltaba).
Vicente. Más valía que en tu puesto
estuvieras; entonando
el órgano. (Sale Andrea)
Arturo. Yo no entiendo...
Rafael. ¡Florita! Ea, á la mesa.
Enrique. Esperemos un momento
á que salga su niña.
Vicente. ¡Bah!
Déjese de cumplimientos.
Enrique. ¡Santiago! (Llamando)
Santiago. ¿Cay. mi tiniente?
Enrique. Tú serás el camarero
conque ayuda á la muchacha
Flora. Ya estoy aquí (saliendo)
Rafael. (Cogiendo silla) Ocupemos
nuestros sitios.
Vicente. Eso es
Rafael. Señores, á nuestros puestos
(Se sientan.—Pausa.)
Vicente. Pus, señores; de seguro
que al llegar estos momentos
demostrarán nuestras almas
júbilo, placer inmenso.
Santiago. La zopa
Enrique. ¡Calla, abedul!
Santiago. Por quitarme hasta el resuello
Rafael. Diga usted, señor alcalde:
¿cuándo tendrá nuestro pueblo

una iglesia, que merezca
ser iglesia?

Vicente. Con el tiempo.
El lugar de Villarmentia
ha de llegar por lo menos
á ser un segundo Londres.
¡Y bien que podía serlo!
Si aquí hubiera más industria,
más trabajo y más dinero,
podía ser el lugar
la capital de este reino.
Y luego, que aquí se esconden
muchos hombres de talento.
Tiene usted, el organista;
el padre de este mastuerzo.

Arturo. ¡Muchas gracias!

Rafael. Echa vino.

Vicente. Es un hombre de talento.

Arturo. ¡Muchas gracias!

Vicente. Es tu padre.
Que tú, eres un majadero.

Rafael. Echanos vino á nosotros.

Arturo. Yo no sé donde lo echo.

Vicente. ¡Animal! ¡Que borricote!
Pues me está poniendo bueno.

Arturo. ¡Dispense usted!

Enriqne. (A Flora) (¡Vida mía!)

Flora. (¡Pesado!)

Enrique. (Si es usted un cielo)

Vicente. Si me ha puesto hecho una sopa.

Arturo. Fué sin querer.

Vicente. Lo comprendo.
Si llegas á haacerlo aposta
vas desde aquí al cementerio.

Rafael. Dispense usted su torpeza
y prosigamos comiendo.

Vicente. Pues bien; como les decía,
hay aquí mucho talento,
y el que parece un zoquete
resulta después un genio.

Arturo. Tiene razón.

Vicente. A tí nadie
vela te dió en este entierro.

Enrique. Siempre hay entrometidos.

Arturo. Y siempre hay majaderos.

Enrique. ¡Esa palabra!...

Arturo. Lo dicho.
Vicente. Te quieres callar, muñeco.
Rafael. Más prudencia. (Sacan la tortilla)
Arturo. Es que yo,
no me domino mi genio.
Rafael Con la tortilla quizás
cambiarás.
Arturo. No, que yo tengo
un carácter muy nervioso
y fuerte el temperamento.
Y al que me chilla, le toso;
y al que me ladra, le muerdo;
y no consiento indirectas.
¡Pues bonito genio tengo!
Rafael. Ea, cambiemos de hoja.
Vicente. Este muchacho es un memo
y es justo no hacerle caso.
Enrique. Si yo lo he tomado á juego.
Vicente. Pues como hace ya rato
les iba á ustedes diciendo,
hay aquí mucho caletre.
Arturo. Señor alcalde, me pienso
que eso de mucho caletre
será por mí.
Vicente. Nada de eso.
Arturo. Es que yo escribo muy bien.
¿Si quieren oir mis versos?
Rafael. ¿Tú escribes?
Arturo. Àlgunas veces.
Luego señores, prometo
leerlos de sobre mesa.
Enrique. (¡Ay señorita! Yo espero
una solución que calme
el amor que hay en mi pecho.)
Flora. (Es imposible.)
Enrique. (¡Que alma!
Debe tenerla de hielo.)
Flora. (Yo no sé porqué le adoro)
Vicente. Don Rafael, le prometo
que si sigo siendo alcalde,
dentro de muy poco tiempo
edificaré una iglesia
que parecerá un museo.
Rafael. Esa ermita, según dicen,
revela cierto misterio
que acaeció hace años.

Vicente. Si señores, y muy cierto.
Hace ya veintidos años.
Enrique. Echa vino.
Arturo. No lo echo.
Rafael. Yo lo echaré.
Vicente. Pues si; hace
ya señores ese tiempo
que una madre abandonó
en el pórtico del templo
á un hijo desventurado
que antes ocultó en su seno.
Después, á los pocos meses
alli encontramos el cuerpo
de la madre, que se había
suicidao. Lo comprendo.
Hicieron mella en su alma
aquellos remordimientos
y como único recurso
fué el suicidio su elemento.
Desde aquel infausto día
al cumplir el año, vemos
en el pórtico unas manchas
sangrientas.
Arturo. ¡Jesús que miedo!
Vicente. Y aun que se cambien las losas
asómbranos con denuedo
esos manchones rojizos
todos los años. El pueblo
estuvo atemorizado
por espacio de año y medio,
y ni aun pasar por la ermita
en ese plazo quisieron.
No había fieles en misa:
Nadie pagaba un entierro,
Ni aun bodas, pues se casaban
en el inmediato pueblo.
Arturo. ¿Y bautizos?
Vicente. Eso, sí:
Todos, menos los solteros
apenas anochecía
se iban á casa corriendo.
Rafael. Andrea sirve el cafe.
Vicente. Ya la tarde va cayendo.
Arturo. Aunque caiga, antes yo
quiero leerles mis versos.
Rafael. Que los lea.

Arturo A FLORITA

El título es sobre bueno.

Florita mía
cuanto te quiero
por tus ojillos
de amor me muero.
Por tu mirada
por tus andares,
por tu salero
y tus alares,
más de un ocioso
naturalmente
muere de amores
y es el teniente.
Por tus ojillos
zaragateros
por esos pieses
tan retrecheros,
¡querida Flora!
Este gacholi
también te enamora.
¡Que mas delicia!
¡Y que más gloria!
Que tu cariño
con pepitoria
Aquí es que no encontraba
consonante
y puse pepitoria
por delante.
Rosa temprana
yo te aseguro
que el único
que te conviene
y te convendrá
siempre, es Arturo.

Vicente. ¡Bravo! Esto me agrada.
tiene el muchacho talento;
Cuanto disparate puso
manuscrito en ese pliego.

Enrique. Su declaración es lícita,
pero yo nunca consiento
que me pongan de pantalla
en asuntos como estos.

Vicente. Dispénsele usted la falta,
porque es bastante camueso.

Arturo. ¡Oiga usted, señor Alcalde!

basta ya de tratamientos.
Si una vez lo consentí
otra vez no lo consiento,
yo me llamo Arturo, y nadie
me pone nombres supuestos.
Y si camueso hay aquí,
constelé que ese camueso
no soy yo, pues lo será
el alcalde de este pueblo.

Vicente. ¡Cállate ya, mocosillo!

Rafael. Amigos mios, fumemos. (Ofrece cigarros)
(Va obscureciendo)

Enrique (A Flora) (Esta noche quiero verla
me precisa).

Flora. (Nos veremos).

Santiago. (A Andrea) (En cuanto se oculte el día
tengo que hablarte).

Andrea (Hablaremos)
(Se oye el toque de oracionse)

Vicente. ¡Las oraciones! Es hora
de que ya nos retiremos. (Levantánse)
(Andrea saca luces)
Don Rafael, descansar.
¡Mi teniente! Agradezo
el convite. ¡Señorita!

Arturo. (Pues lo que es yo, aquí me quedo).
(Se esconde á la derecha)

Rafael. Señor alcade, me ha honrado
con su presencia en estremo.

Vicente. ¡Hasta mañana!

Santiago. (Que corre la mesa) (¡Salorio!
que dimpués aquí te espero).

Andrea. (No faltaré)

Enrique. (A Flora) (Ya lo sabe,
más tarde aquí hablaremos).

Vicente. ¿Y Arturito?

Rafael. Ya no está.
Se marchó.

Vicente. ¡Muerto de miedo!
¡Hasta mañana! (Vase)

Rafael. ¡Andrea!
Cierra la puerta al momento.
Señor oficial, ¡Adios!
¿Va usted á salir?

Enrique. Me quedo

me precisa descansar.

Rafael Cada cual á su aposento.

Enrique. Santiago; en cuanto comas
te espero.

Arturo. (¡Va haciendo fresco!)

Enrique. Don Rafel, buenas noches.

Rafael. ¡Buenas noches!

Flora. (A Enrique) (¡Hasta luego!)

ESCENA X

Arturo.

(La escena quedará á obscuras)

¡Caracoles! Hoy me lanzo.
Como no logre mi objeto,
la robo. ¡Digo! ¡Pues vaya!
¡Pues bonito genio tengo!
¡Ay! Me he deshecho un tobillo.
¿Y el militar? En su lecho.
Mientras él ronca tranquilo,
la digo mis pensamientos.
Y además, que de algo sirve
haberla escrito los versos.
Eso fué por prepararla.
Ahora me lanzo de lleno.

(Se oye á lo lejos el ruido de guitarras y voces)

¿Pero que música es esa?
Serán los mozos del pueblo
que irán de ronda. ¡Mecachis!
Tengo un presente más negro.
Tengo ganas de que Flora
sea mía, y con el tiempo
lo será. ¡Pues vaya! ¡Digo!
Y vamos á ver. ¿Que espero
yo aquí encerrado? ¡Nada!
Pues á casita. No puedo.
¿Por donde salgo? La tapia.
Yo no sirvo para eso.
Por la puerta. Justamente,
descorro el cerrojo y... ¡Cuernos!
Que dolor más insufrible.
Si me he magullado un dedo.
Y todo por ella, por ella.
Ya no me voy. Ahora cierro;
ya que sufra los dolores,

que con el pan sean menos.
Y ese pan es mi Florita.
Tiene unos ojos, y un pelo,
y unos andares. ¡Por vida!
Y que ese cacho de cielo
se crie para el teniente
¡Para un hombre tan grosero!
¡Ay si yo fuera otro *Cid!*
¡Ay si tuviese otro genio!
Pero esta sangre maldita
no me deja ni un momento.
Ahora lo importante es
que no pierda mas el tiempo
y hacerla bajar. Si baja
con mi figura la flecho;
Y si no baja, la robo.
¡Pues bonito genio tengo
si me pongo. soy atroz.
Y por eso son las menos
la veces que yo me pongo,
por no ser atroz. ¡Probemos!
¿Y como hacerla salir?
Cantando. Es muy paleto.
Haré el burro, y de ese modo...
Eso es, hago el jumento.
Pero no, me oirá su padre
y perderemos el tiempo.
Daré un golpe en su vidriera.
Es lo mejor. Tengo un miedo...
Y un frio... y un... vamos...
¡vamos que yo no me atrevo!

ESCENA XI

Arturo y Santiago

Santiago. Hacia alli distingo un bulto
Debe ser ella. Lucero.
Arturo. (Es el asistente ¡Cáscaras!)
Santiago. Niña, no me tengas miedo
Si yo soy de mazapan.
¡Ay Andrea, mi deseo
es besar en esa mano
que tiene maná del cielo.
Es una mano incitante
que cuanto yo má la beso,
más me incita. y francamente

más veces besarla quiero.
Entavía no he jamao
por estar de chicoleos
con tu presona preciosa.

Arturo. (Pues me está poniendo bueno)

Santiago. Pero abren la puerta. Vete.
Yo por el jardín me cuelo. (Vase.)

ESCENA XII

Arturo y Andrea

Andrea. ¿Onde estará ese arrastrao?

Arturo. (Pues vaya un divertimiento
Esta es otra, ó este es otro.
Si no hablan no resuello).

Andrea. ¡Santiago!

Arturo. (Si yo supiera
el andaluz un momento).
(Pero no importa, lo finjo).
¿Que se te *ofrese*, lucero?

Andrea. Es tu voz desconocida.

Arturo. Es de *asperar*, al sereno.

Andrea. ¿Que me quieres?

Arturo. Abrazarte.

Andrea. ¿Eso sólo?

Arturo. Y darte un beso.

Andrea. Me da miedo estar contigo.

Arturo. Pues no soy un fariseo.

Andrea. ¿Quieres que por el jardín
demos una vuelta? Temo
que si salen nos observen.

Arturo. Yo de aquí no *ma* meneo.

Andrea. Que áspero te has vuelto, chico.

Arturo. ¡Aspero yo, cuerpo bueno!
Cuando tienes una cara...
(que le da á cualquiera miedo).
¡Y tus ojos! ¡Friolera!
Si parecen dos espejos.
¡Y tus dientes! ¡Y tu boca!
¡Y tu nariz! ¡Y tu pelo!
Pues si tu pelo parece
uu peludo. (Digo un ruedo).
Y márchate ya chiquilla
y no me des más mareos,
¡que eres más fea que *Picio*
y eso que *Picio* era feo!

Andrea. ¿Que te ha dao?
Arturo. Ná, que te vayas,
ó promuevo aquí un estrépito:
tú vienes á sobornarme
y eso es un atrevimiento.
Y si no te vas, *pus* llamo,
que me estás comprometiendo.
Media vuelta á la derecha
y á uniformar los pucheros.
Andrea. (El vino le ha trastornado)
Me voy, pero ya no vuelvo.
Ya no te doy más jamón.
Ni pan, ni vino, ni queso.
Arturo. ¡Mejor!
Andrea. Y tenía preparado
un pañuelo para el cuello,
con pájaros en las puntas.
Ya no te doy el pañuelo.
Arturo. ¡Mejor!
Andrea. No iré á Madrid.
Y el cariño que te tengo,
se lo he de dar á Arturito
que siempre me echa requiebros.
Arturo. (¡Que émbustera!)
Andrea. Y él me adora
(Para que rabie de celos).
Y ya Arturo me ha ofrecido
palabra de casamiento.
Arturo. (Que fregatriz más guasona).
Andrea. Y aunque sea un majadero
me he de casar.
Arturo. (¡Límpiate!)
Vaya *osté* á su aposento
ó comienzo á dar berridos.
Andrea. Me voy. (Fíe ustez en ellos.
Yo que tóo me lo creí)...
¡Ay, abren la puerta?
Arturo. (¡Cuernos!)

ESCENA XIII

Dichos y Enrique, después Santiago y Flora

Enrique. Ya debe de haber bajado.
Arturo. Otro bulto.
Andrea. ¡Ay que miedo!

Si será el señor.
Enrique. ¿Quien va?
Arturo. ¡Chist!
Enrique. Es ella, mi cielo.
Santiago. (Saliendo) ¿En dónde estará esa chica?
¿Estos son bultos ó sueños?
¡Ah, sí! Son los pedestales.
Po detrás de uno me meto.
Flora. (Saliendo) No hizo señal.
Enrique. (Cogiendo á Andrea) ¡Vida mía!
Cuánto ansiaba este momento.
Andrea. (Sin duda es que éste me quiere.
¡Yo tenienta!
Santiago. (Cogiendo la mano á Flora) ¡Tráe un beso!
Flora. ¡El asistente! ¡Demonio! (Le da una bofetada)
Arturo. (¿Quien se habrá encontrado eso?)
Santiago. Esta fregatriz no es manca.
Enrique. Si eres mi único embeleso.
Porqué no contestas, ¿dí?
Andrea. ¡Ay, señorito! No creo
que esas palabras que dice
sean verdad.
Enrique. (Está bueno.
Es la criada). Dispensa.
No eres tú la que yo quiero.
Arturo. (Estoy muy comprometido
y esto se pone muy serio).
Flora. ¡Enrique mío! (A Andrea)
Andrea. ¡Soy Andrea!
Flora. Estos han hecho lo mismo.
Enrique. (A Arturo) ¡Florita del alma mía!
Ya te encontré; ven, mí cielo.
Andrea. Anda por ahi.
Flora. ¿Enrique?
Andrea. Si señora.
Enrique. Toma asiento.
(Arturo va á sentarse, al mismo tiempo que Santiago le quita la silla y cae de espaldas)
Arturo. ¡Ay, socorro!
Enrique. ¡Eh!
Flora. ¡Dios mío!
Santiago. ¿Que hago yo, dónde me meto?
Enrique. Voy á incendiar esta casa.
Tanta burla no consiento;
Y á ese mequetrefe, ¡vamos!
Lo mato.

Arturo. ¡Favor!
Flora. ¡Silencio!
Enrique. ¿Dónde está?
Arturo. ¡Don Rafael!
¡Alcalde!
Santiago. Como me divierte esto.
Arturo. ¡Vecinos, guardias, socorro!

ESCENA XIV

Dichos y Don Rafael con una luz

Rafael. ¿Pero señores, que es esto?
Arturo. Esto... pues... es...
Rafael. ¿Que hacéis aquí?
Santiago. (Pus aquí tomar el fresco)
Rafael. ¿Nadie contesta? Está bien.
Santiago. Pus verá usté.
Enrique. Silencio.
Por cuestiones de amoríos
cité aquí á Flora, y comprendo
que hizo igual el asistente,
con la criada. Este memo,
se interpuso entre los cuatro
impulsado por los celos,
y por ese sólo origen
se promovió tal estrépito.
Rafael. Muy bien, señor militar.
¿Eso es lícito? ¿Debemos
abuser de la acogida
que dispensan los agenos?
¿El que viste un uniforme,
es prudente que haga eso?
Y tú niña, tú que fuiste
de formalidad modelo,
¿te has convertido en chiquilla
sin reflexión y sin sexo?
Flora. ¡Papá!
Rafael. Ni una palabra.
Andrea. ¡Desaborío!
Santiago. ¡Lucero!
Rafael. Y tú, atropella platos.
¿En vez de fregar pucheros?...
Andrea. ¡Señor!.
Rafael. ¡Basta!.
Enrique. ¡Don Rafael!

Rafael. ¡Señor teniente!
Enrique. Comprendo
que hemos obrado deprisa,
pero yo no me arrepiento.
Y enterado desde ahora
escuso enterarle luego.
Yo amo á Flora, si señor;
y tres días que aquí llevo,
bastaron para que Flora
llegase á alcanzar un puesto
en mi corazón, que otras
nunca hubieran visto.
Rafael. Bueno.
Una prueba me convenze;
lo demás no se lo creo.
Enrique. Pues si una prueba le basta,
á la prueba me someto.
¿Casarnos? Lo he comprendido.
Pues bien, esa prueba acepto,
siempre que usted de su parte
no me ponga impedimento.

ESCENA XV

Dichos y el Señor Vicente.

Vicente. (Llamando) ¡Don Rafael!
Rafael. ¡El alcalde
Vicente. ¡Abra usté!
Arturo. ¡Vamos, yo tengo
un susto.!
Rafael. (Abriendo) ¿Que le sucede?
Vicente. Que iba á la ermita del pueblo
y sentí pedir socorro,
y aquí he venído corriendo.
¿Que pasa?
Rafael. Ya nada pasa.
Cosas de la tropa.
Vicente. Bueno,
pues yo no puedo aguardar;
me han dicho que ahora está ardiendo
la ermita.
Enrique. Mi corazón,
se contagió con el fuego.
Vicente. ¿Y éste mochuelo, que hace?
Rafael. Originar alborotos.

Vicente. Vente conmigo. Le llevo
para que nos traiga cubos
de agua.
Arturo. Yo no quiero.
Vicente. Como alcalde te lo exijo.
Arturo. ¿Y he estado aquí para esto?
Vicente. Sígueme.
Arturo. ¡Señor Vicente...
Vicente. Anda, hombre.
Arturo. Nos veremos. (Vanse)

ESCENA ÚLTIMA

Dichos, menos Arturo y el Señor Vicente.

Santiago. ¿Y díme tú, tortolita,
como emblema que me das?
Andrea. ¿Como emblema?
Santiago. Justamente.
Andrea. Yo te iba á regalar
un pañuelo para el cuello,
pero te pusiste tan...
Rafael. Esta escena de esta noche
creo no vuelvo á pasar.
Enrique. Yo respondo. Mi palabra
es irrevocable ya.
Flora. Atropella usted las cosas
con su modo de pensar.
Santiago. Ponmelé con esas manos
que la tierra comerá.
Andrea. ¿Te vas á casar conmigo?
Santiago. En cuanto cumpla. Mialás.
Eso se llama quererme.
Rafael. Todo el mundo á descansar;
de eso se hablará despacio.
Enrique. Yo conforme quedo ya.
¿La ermita se está incendiando?
Quiso á mi alma imitar;
pues yo me abraso de amores,
y siento mucho en verdad,
que el sitio en que declaré
mi pasión, se quede ya
reducido á cenizas.
Pero en fin, iglesia harán,
que un cariño no se hace

con tanta facilidad.
(Al público) Y puedo decir á uetedes
en confesión general,
que debo el amor de Flora
Á LA ERMITA DEL LUGAR.

TELON